

LA SEGURIDAD JAPONESA EN SU POLÍTICA EXTERIOR. UNA REVISIÓN

María Elena ROMERO*

SUMARIO: I. *Introducción.* II. *La política exterior japonesa. Retos y estrategias realistas.* III. *Evolución y principios de la política exterior japonesa.* IV. *La política exterior en la posguerra fría. Nuevos y viejos desafíos.* V. *Conclusiones.* VI. *Bibliografía.*

I. INTRODUCCIÓN

Japón es un Estado que conjuga eficientemente los factores económicos, económicos y comerciales con el asunto de seguridad. Posterior a la Segunda Guerra Mundial, Japón quedó militarmente restringido en su Constitución. Una Constitución otorgada y pacifista que preveía que Japón no reiniciase una escalada expansionista. La influencia de Estados Unidos en la región Asia Pacífico definió los pasos que Japón seguiría durante el periodo de la Guerra Fría como aliado de la potencia hegemónica occidental y como líder industrial en la región y posteriormente en el mundo. Desde entonces su estrategia de vinculación internacional no descansó en la fuerza militar. Japón finca su fortaleza y por ende su política exterior en las acciones económicas, siendo especialmente sensible ante las ganancias que permita ganar a sus socios, especialmente a aquellos que representan riesgos para su posición, o bien sean considerados posibles aliados en el logro de objetivos estratégicos. El asunto estriba entonces en cómo el poder económico japonés, y más recientemente militar tiene efectos en la política de otros países, especialmente en aquellos que esperan una gran contribución económica de este país para estabilizar el sistema internacional.

* Profesora-investigadora de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Colima.

El diseño y planeación de la política exterior japonesa ha sido cuestionada constantemente, calificado como un país reactivo más que proactivo o dinámico y propositivo en la comunidad internacional; responde y sus acciones lo encaminan a escenarios de éxito o fracaso. Japón enfrenta disyuntivas tales como: ¿en qué momento fortalecer más las relaciones bilaterales o ser más proactivos en un foro multilateral?; ¿cómo atender sus intereses regionales sin desatender los asuntos globales, particularmente sus compromisos con Estados Unidos?; ¿cuándo y cómo virar el enfoque de su política exterior de estrategias básicamente económicas a unas con características militares sin violentar sus vínculos internacionales?; etc., cual sea la respuesta a estas interrogantes, las acciones que ha emprendido se relacionan intrínsecamente a sus estrategias de aseguramiento de recursos, al reforzamiento de sus nichos comerciales, a sus nexos con Estados Unidos y más recientemente a la inestabilidad que representa la situación de la península coreana y, por supuesto, el reto que representa el ascenso de China como potencia regional.

Así, aquí se propone la revisión y análisis de la política exterior japonesa utilizando como marco de referencia la propuesta analítica del realismo estructural. El trabajo se divide en tres apartados: el primero hace una breve revisión de las primeras acciones de la política exterior de Japón en el marco del enfoque del realismo estructural, sus actores y factores; posteriormente se analiza la política exterior, su desarrollo y condicionantes posterior a la Segunda Guerra Mundial, en el tercer apartado se analiza la política exterior actual en el marco de sus relaciones con la península coreana, con China y las recientes reformas que ubican a la seguridad más en términos militares. Finalmente se presentan conclusiones parciales, sobre todo porque la reciente reelección de Abe para un nuevo periodo definirá muchas de las acciones que se iniciaron en su anterior periodo.

II. LA POLÍTICA EXTERIOR JAPONESA. RETOS Y ESTRATEGIAS REALISTAS

Desde la perspectiva realista la guerra es una cuestión de alta política. El que-hacer del Estado-Nación está enfocado al mantenimiento del interés nacional entendido en términos de poder. En este sentido, los Estados, particularmente los poderosos definen sus estrategias en función del logro de este objetivo; en la medida que tengan la capacidad de contrarrestar los retos que implican las relaciones con otros Estados, éstos se abocaran a mantener un balance entre las acciones militares y la negociación. La guerra es entonces una acción

que define el poder de los Estados. En el escenario internacional la balanza del poder está íntimamente relacionada con la ubicación geográfica del Estado y su capacidad interna sustentada en los recursos con los que cuenta, tanto naturales como tecnológicos.

Kenneth Waltz (1979: 134) afirma que “en términos generales, en la medida que un Estado sea más débil sigue la tendencia de la mayoría más que a buscar el balance, lo cual ocurre porque un Estado débil no tiene la capacidad para fortalecer coaliciones defensivas...”. Siendo el tema de la guerra, el poder y la alta política las premisas básicas del quehacer del Estado, el tema económico queda en segundo lugar, como un soporte para financiar acciones que incrementen o mantengan el poder del Estado. En este sentido, Japón es un Estado que ha configurado su poder regional e internacional en términos económicos, pero sin descuidar su seguridad. Su estrategia no descansa en la fuerza militar. Japón finca su fortaleza y sus estrategias de vinculación internacional en las acciones económicas, siendo especialmente sensible ante las ganancias que otros países puedan obtener para mantenerlos como aliados, proveedores, compradores o apoyos en iniciativas presentadas en foros multilaterales. El asunto estriba en cómo el poder japonés, económico y más recientemente militar tiene efectos en la política de otros países, cómo éstos reaccionan, sobre todo cuando esperan una contribución económica para estabilizar el sistema internacional, pero es la presión externa *gaiatsu* ejercida sobre Japón por otros actores la que juega un papel importante para que la acción japonesa sea commensurada y acorde a sus condiciones internas y externas (Drifte, 1998: 3).

Quienes han estado a cargo de la planeación económica y de las relaciones exteriores de Japón se han enfrentado a diversos cuestionamientos, de cuya respuesta ha dependido el éxito o fracaso de las acciones emprendidas; por ejemplo, a las preguntas: ¿en qué momento fortalecer más las relaciones bilaterales o bien favorecer los vínculos multilaterales?; ¿en qué momento fortalecer los nexos regionales o sumarse más a las causas globales?; ¿cuándo y de qué forma dejar la política exterior pasiva y emprender una más activa?; ¿qué enfoque debe pesar más en sus planes de desarrollo y vinculación externa, el militar o el económico?, etc., las respuestas están íntimamente vinculadas a sus estrategias de aseguramiento de recursos, el reforzamiento de los nichos para sus productos y a los fuertes nexos que mantiene con Estados Unidos posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

En este contexto es que la política exterior japonesa se sustentó en tres pilares básicos: poderosos actores nacionales, la alianza con Estados Unidos incluyendo un imperativo económico que sostendría sus relaciones comerciales y una constitución pacífica (Inoguchi y Purnendra, 2000:

xii). No obstante el fin del siglo XX significó cambios, entre ellos: el contexto internacional y las limitaciones japonesas; los vínculos con Estados Unidos y sus intereses en Asia y el peso del tratado de seguridad con Estados Unidos, así como la volatilidad de la península coreana y el ascenso de China.

El segundo periodo (2012) del primer ministro, Shinzo Abe ha dado elementos para replantear sus vínculos internacionales. Con un discurso nacionalista alcanzó el poder político comprometiendo a recuperar el lugar que Japón debía tener en el escenario internacional. Así, las reformas diseñadas por Abe, mismas que incluyen temas económicos, políticas y financieros han despertado preocupación, particularmente en China y la península coreana.

El incremento del presupuesto en materia de defensa, la creación del Consejo Nacional de Seguridad y la Estrategia de Seguridad en 2013, así como la flexibilización de las restricciones para la exportación de armas en abril de 2014, y la reinterpretación de la cláusula de paz de la Constitución en julio de 2014 marcan un cambio radical en la política de seguridad de Japón y por ende en su política exterior (Sakaki, 2015). Mientras que en el siglo XX, la cuestión de seguridad tuvo un marcado acento económico impactado por tres acontecimientos históricos: la guerra de quince años en Asia Pacífico (1931-1945), el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki y la prohibición constitucional de uso de la fuerza militar. Lo anterior hizo que Japón orientara sus esfuerzos a su recuperación económica y al aseguramiento de los recursos naturales, materia prima y nichos comerciales necesarios para lograr un vertiginoso desarrollo, dejando de lado el tema militar que fue atendido por Estados Unidos.

III. EVOLUCIÓN Y PRINCIPIOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR JAPONESA

Posterior a la Segunda Guerra Mundial, Japón vio limitada su participación militar y sus deseos expansionistas al asumir una Constitución pacifista, limitada a tener Fuerzas de Autodefensa, sin capacidad de rearmarse. Entonces, sus estrategias se enfocarían a trabajar en su industrialización y desarrollo tecnológico, para ello requería asegurar fuentes de recursos naturales y socios regionales que le permitiesen tener acceso al mercado y posteriormente a mano de obra barata; de manera que la asistencia para el desarrollo se volvería, en el corto plazo uno de los programas estratégicos que mayor presencia le redituaría a Japón en el ámbito regional e internacional.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Japón fue derrotado y constitucionalmente limitado para tener un ejército que defendiese su seguridad y su interés nacional. El artículo 9 de la Constitución japonesa establece que las aspiraciones de paz basadas en la justicia y orden hacen que el pueblo japonés renuncie a la guerra como un derecho soberano y para lograr tal objetivo no mantendrá fuerzas terrestres, navales o aéreas y renuncian al derecho de beligerancia. Así Japón, un país destruido, aniquilado por dos bombas atómicas y ocupado por el comando aliado liderado por Estados Unidos tuvo pocas opciones para establecer sus estrategias de política exterior.

Ante la rendición de Japón a los Aliados, aceptó los términos acordados en la Declaración de Potsdam. Japón fue sometido al control del Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (SCAP, por sus siglas en inglés), especialmente de Estados Unidos, mismo que continuó hasta la firma del Tratado de Paz de San Francisco el 28 de abril de 1952, cuando Japón recobró su soberanía política, aunque económica y militarmente siguió bajo la tutela de Estados Unidos.¹

Se estima que durante la Guerra, Japón perdió aproximadamente 40% de su riqueza nacional, su actividad manufacturera disminuyó 10% en tan sólo dos años (1935-1937) y la inflación se incrementó en términos alarmantes alcanzando cifras de hasta 130%.

Asimismo, los primeros acontecimientos en Asia Pacífico que caracterizaron la Guerra Fría tuvieron impacto en el desarrollo de Japón. La confrontación de dos bloques, llevó a Estados Unidos a proporcionar recursos para apoyar la recuperación de Japón con el fin de que éste fuera un baluarte en la región para evitar el avance del comunismo. Japón fue el principal receptor de ayuda externa en Asia. Estados Unidos donó un total de 5 mil millones de dólares para su reconstrucción entre 1946 y 1951. Del Banco Mundial recibió 34 créditos para proyectos específicos, el último de estos proyectos concluyó en 1966 y lo terminó de pagar en julio de 1990. Los montos de asistencia recibida definieron en Japón una estrategia fundamental en sus vínculos internacionales, la asistencia oficial para el desarrollo como una forma de ganar socios, aliados y mercados.

¹ Aunque no es el propósito de este trabajo profundizar en la conceptualización de la soberanía japonesa, es importante anotar que el desempeño político, económico y militar de Japón no fue del todo autónomo, por su misma situación económica y sus vínculos con Estados Unidos las acciones japonesas se encaminaron a recobrar su economía, dejando en manos de Estados Unidos las cuestiones de seguridad. El general Douglas MacArthur calificó a Japón como un estado semi-soberano, como un niño de 12 años dependiente de una familia (ver Inoguchi, Takashi 1996: 249-254).

Desde el punto de vista político-militar, la Alianza Japón-Estados Unidos proporcionó una plataforma para las bases militares estadounidenses en Asia Pacífico. Bajo el Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua alrededor de 53 mil soldados fueron ubicados en Japón. Esta Alianza ha tenido altibajos. Convirtió a Japón en el aliado más relevante de Estados Unidos y en la base de operaciones para contener el avance del comunismo en la región; hizo que los vecinos asiáticos de Japón lo miraran como un miembro del club de Occidente y lo trataran con recelo por sus nexos tan cercados con la potencia hegemónica americana, pero al mismo tiempo le abrió las puertas al mercado estadounidense y consiguió descansar su seguridad en el escudo norteamericano.

La Alianza fue compatible con los intereses y objetivos del primer ministro Shigeru Yoshida, reconocido como uno de los Primeros Ministros con mayor tiempo en el cargo (1946-1947 y 1948-1954). Su objetivo de reconstruir la economía japonesa al amparo de la sombrilla de protección que Estados Unidos le brindaba un importante espacio de maniobra. “Dentro de la Alianza Japón no tendría que mantener una completa capacidad o ejército autónomo y poco tendría que hacer para contribuir militarmente con los esfuerzos de Occidente para equilibrar el poder soviético” (Heginbotham y Samuels, 1998). Su atención se enfocaría totalmente a la reconstrucción del país.

Cuando John Foster Dulles, negociador del tratado de paz y seguridad en los años 1951-52 presionó a Japón para que expandiera su Fuerza de Seguridad Nacional de 110,000 a 350,000 tropas, Yoshida se rehusó temiendo que esta acción sirviese de excusa a Estados Unidos para presionar a Japón para enviar fuerzas a Corea (Heginbotham y Samuels, 1998).

Durante los primeros años del programa de apoyo para la recuperación japonesa, Estados Unidos limitó su asistencia a programas de salud y orden social. Pero en 1947 Estados Unidos amplió sus programas a los de Gobierno y Ayuda para Áreas Ocupadas (GARIOA, por sus siglas en inglés), cuyos fondos fueron usados para proporcionar alimentos, petróleo, fertilizantes y medicinas y en 1949 se creó el programa de Rehabilitación Económica de Áreas Ocupadas (EROA, por sus siglas en inglés) mediante el cual se proporcionó materia prima y maquinaria para la rehabilitación industrial (Takagi, 1995: 6). Japón hizo un productivo uso de todos estos apoyos, reactivando rápidamente su economía a partir una planificación controlada.

Rápidamente Japón pudo unirse a la comunidad financiera internacional e ingresar al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, lo cual le proporcionó el ambiente propicio para ser reconocido como un país con una sólida estrategia de desarrollo y ser sujeto de crédito. Japón

iniciaba sus vínculos multilaterales. En 1953 pudo recibir tres créditos del Banco Mundial, recursos que fueron utilizados para adquirir generadores para plantas eléctricas y para impulsar la industria del acero, ambos sectores básicos en su industrialización.

Después de 1957, el Banco Mundial flexibilizó los términos de los créditos y los extendió a Japón, quien se convirtió en el segundo país receptor de créditos (el primero era la India). Los créditos del Banco Mundial se dirigieron exclusivamente a la Corporación de Carreteras Públicas y Ferrocarriles Nacionales de Japón con el fin de construir supercarreteras y el sistema de tren de alta velocidad.

Pronto Japón flexibilizó sus leyes para poder ser aceptado en organismos como el GATT (General Agreement on Tariffs and Trade, hoy Organización Mundial del Comercio (OMC) en los años cincuenta y en la OCDE (Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo) en los años sesenta.

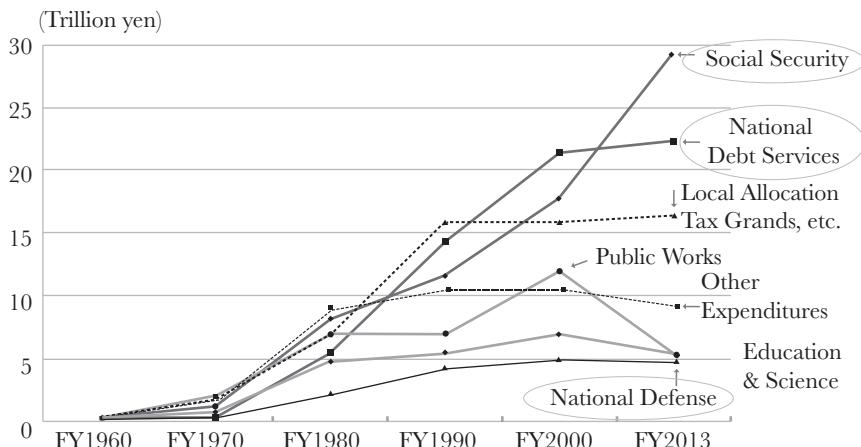
Con los recursos recibidos y la rápida recuperación económica, Japón pudo iniciar una activa política exterior con sus vecinos del sudeste asiático a través de sus estrategias de cooperación. Japón se estrenó como donador prácticamente diez años después de haber sido derrotado en la Segunda Guerra Mundial. Japón firmó su primer acuerdo de pago por daños de guerra con Birmania en 1954, país que junto con Filipinas, Indonesia y Vietnam del Sur fueron las cuatro naciones que reclamaron pagos por reparaciones de guerra, aunque sólo con Filipinas y Vietnam del Sur se firmaron convenios bilaterales en el marco del Tratado de Paz de San Francisco. Japón consideró estos pagos como cooperación económica y vio en este recurso un medio estratégico para consolidar sus vínculos con sus vecinos asiáticos. Así, sus nexos con Estados Unidos y la cooperación internacional se convertían en sus primeras estrategias de política exterior.

Aunque no por completo Japón puede considerarse un *free rider*, la situación favoreció significativamente el reposicionamiento japonés en el escenario internacional y supo aprovecharla. Desde el realismo estructural, Japón no implementó una política ni militar que persiguiera una ganancia clara, el incremento de poder o el establecimiento de una política decisiva en contra de la Unión Soviética; la Guerra Fría ubicó a Japón como aliado de Occidente y como una pieza importante en Asia Pacífico para contener el avance soviético en la región (Heginbotham y Samuels, 1998). Lo cierto es que Japón ha sido visto por Estados Unidos como un aliado importante para mantener su presencia en la región y sus acciones pronto lo ubicaron como una potencia económica. Por un lado, Japón se convertía en el aliado desarrollado capaz de mantener el equilibrio en la región y sumar votos a

su causa de promover los ideales de libertad y democracia en Asia Pacífico que debilitaran movimientos o deseos comunistas en la región y, por otro lado, Japón podía utilizar su alianza con Estados Unidos para promover sus intereses comerciales en Occidente.

A pesar de no ser un país potencialmente militar Japón supo jugar muy bien sus cartas para desarrollarse y llegar a ser en poco tiempo la segunda economía mundial. Ya en la década de los setenta la economía japonesa había superado a la de muchos países, incluyendo a la de la Unión Soviética, sin embargo, mantenía una capacidad militar limitada. En la gráfica no.1 se puede apreciar la vocación de Japón, el gasto dirigido a sectores que le interesaba impulsar, destacan seguridad social que ha ido en constante incremento, la construcción de infraestructura pública y el tema de educación y ciencia que se mantenido estable. Conjugados hicieron de Japón un país reconocido por su industrialización, tecnología y bienestar de su población.

GASTO JAPONÉS POR SECTOR
(VARIOS AÑOS)



FUENTE: Ministerio de Finanzas de Japón, recuperado de Tenebarum, Peter (2013). Japan-Worrisome Trends in Government Spending, disponible en: <http://www.actng-man.com/?p=23599>.

En este sentido es importante decir que Japón mantuvo un perfil militar bajo como resultado de una política planificada, estructurada en el marco de su estrategia de recuperación económica. Su política exterior entonces estaría fundamentada en acciones más de tipo económico que militar. Como

se apuntó, el pilar de la política exterior japonesa se ubicó desde finales de la Segunda Guerra Mundial en su política de cooperación económica. Una diplomacia de bolsillo revistió las actividades internacionales de Japón. En aquellos países importantes por el suministro de recursos naturales, como el petróleo fue importante el financiamiento de proyectos que se asociaban a su programa de asistencia para el desarrollo.

Su objetivo económico-comercial, así como su política de cooperación económica poco cambió durante el periodo de la Guerra Fría, sirviendo ambos de telón de fondo de su política exterior. Sin embargo, su mismo potencial económico brinda a Japón otras opciones.

El fin de la Guerra Fría ha cuestionado la política exterior japonesa en varios sentidos. Sus vínculos con Estados Unidos siguen siendo la base de sus acciones y el paraguas de su seguridad; sin embargo, se han dado altibajos que hacen pensar en una política exterior japonesa más activa y menos dependiente de los intereses estadounidenses; la estrategia de cooperación cambió, dando un giro a sus acciones impregnándolas de un enfoque más humano y menos económico y más recientemente utilizando los principios de cooperación económica para sustentar sus estrategias de seguridad y finalmente el debilitamiento económico y financiero japonés ha sumido a este país en una prolongada crisis que replantea sus estrategias internacionales.

IV. LA POLÍTICA EXTERIOR EN LA POSGUERRA FRÍA. NUEVOS Y VIEJOS DESAFÍOS

El desmoronamiento de la Unión Soviética replanteó los objetivos de política exterior estadounidense, Estados Unidos se quedó sin el enemigo que le permitió emprender acciones justificado en sus principios de libertad y democracia. Lo anterior hizo que Estados Unidos replanteara sus propósitos en el marco de las alianzas que construyó al término de la Segunda Guerra Mundial. Así, temas como el terrorismo y la existencia de países considerados en el Eje del Mal se convirtieron en su nueva encomienda. Interesantemente, Japón constituía aun una pieza clave para estas nuevas acciones, su cercanía con Corea del Norte lo ubicada en una posición geopolíticamente estratégica para diseñar estrategias de contención frente a las amenazas norcoreanas. De igual manera, el ascenso de China se convirtió en una pieza clave para repensar las acciones en materia de política exterior para Japón.

Las relaciones de Japón con la península coreana han sido complejas. El legado de la ocupación en Corea del Sur y las diferencias políticas e ideológicas con Corea del Norte favorece una “política para dos coreas” en Japón.

El contexto de la Guerra Fría se mantiene en esta zona de la región y fomenta una influencia combinada por las cuestiones ideológicas y los vínculos en materia de seguridad de Estados Unidos y Japón. Durante la Guerra Fría, las relaciones de Japón con Corea del Norte fueron permeadas por el apoyo japonés a la política de contención estadounidense creando insondables barreras; en el caso de las relaciones de Japón con Corea del Sur se alimentaron por el sistema de alianzas promovido por Estados Unidos en la región (Hook, G. et al., 2001: 173).

Es particularmente relevante la política exterior japonesa hacia Corea del Norte. En septiembre de 1990 se iniciaron las pláticas para la normalización de las relaciones entre ambos países en el marco de la misión conformada por representantes del Partido Liberal Demócrata y el Partido Social Demócrata de Japón de cuya visita surgió la declaración conjunta en la que se establecía que Japón no solo se disculparía por el periodo de colonización si no también otorgaría una compensación apropiada, Corea del Norte presionó por una cantidad que el Ministerio de Asuntos Exteriores japonés se negó a pagar, lo cual llevó al fracaso de las negociaciones (Hook, G. et al., 2001: 181). Lo anterior aunado a la escalada nuclear norcoreana ha dificultado cualquier arreglo en las relaciones.

Tres factores han agravado la relación: la prueba de los misiles Taepodong sobre Japón en 1998, la reciente intromisión de embarcaciones norcoreanas en aguas territoriales japonesas y la creciente frustración sobre el asunto sin resolver de los secuestros (Kawashima, 2003: 83).

La llegada al poder de Kim Jong-un marcó el inicio de una difícil etapa de confrontación. Mientras Kim Jong-il, anterior líder norcoreano, mantuvo una política más conciliadora y con interés en el diálogo, su sucesor Kim Jong-un ha destacado por múltiples acciones de confrontación que ponen en riesgo la estabilidad de la región.

Constantes declaraciones y pruebas de misiles alertan a Japón y generan una estresante rutina para quienes habitan ese país. La mayoría de las veces las pruebas de misiles norcoreanos caían en el Mar de Japón, en ocasiones en las cercanías de la costa, sin embargo, en septiembre de este año 2017 un misil norcoreano sobrevoló la isla de Hokkaido en el norte de Japón, siendo la primera vez que Pyongyang lanza un misil directo a territorio japonés, encendiendo el sistema de alerta conocido como *J-Alert system* en las 12 prefecturas japonesas. El primer ministro Shinzo Abe declaró que esta prueba era un reto sin precedente, serio y grave que ponía en riesgo significativamente la seguridad de la región (Penn, 2017). No obstante, las declaraciones sobre la gravedad de la situación, Japón permanece atento, pero sin recurrir a acciones precisas. Las amenazas norcoreanas acercan

más a Japón con Estados Unidos, el escudo de protección estadounidense en la región deberá funcionar en un momento de crisis. Asimismo, se ha incrementado la presión para que Naciones Unidas actúe.

El primer ministro, Abe declaró el 23 de diciembre que Japón aprecia la resolución 2379 tomada en el marco del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que apoyan las sanciones en contra de Corea del Norte en respuesta al lanzamiento de lo que parece ser un nuevo tipo de misiles. Lo anterior, afirmó Abe, da cuenta de que la comunidad internacional no permitirá amenazas y la presencia de una Corea del Norte armada. Se trabaja en el marco de objetivos comunes

...para alcanzar una desnuclearización completa, verificable e irreversible de la península coreana, Japón, como miembro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas continuara trabajando cercanamente con la comunidad internacional, incluyendo a Estados Unidos, la República de Corea y por supuesto con China y Rusia y otros países para hacer un fuerte llamado a los miembros de Naciones Unidas para implementar las resoluciones del Consejo (MAE, 2017).

Esta situación se mira aún más compleja en el marco de las relaciones que Japón mantiene con Corea del Sur. Las relaciones entre estos dos países no han sido fáciles. Desde la ocupación japonesa, el sentimiento de los coreanos hacia los japoneses está permeado por el rencor y el resentimiento del periodo de ocupación, además de las cuestiones no resueltas sobre el dominio de las islas Takeshima. Dados estos temas la política exterior japonesa respecto a la península coreana se vuelve más incierta.

Lo cierto es que la política exterior japonesa en la región ha estado alimentada por los temas económicos y comerciales que han dejado ganancias relativas a ambas partes. Mientras Japón logra mantener su presencia en esta zona, los países, sobre todo del sudeste asiático se benefician de las inversiones japonesas, pero las rencillas se mantienen. Una encuesta que se realizó en 7 de las más importantes ciudades de Asia del Este mostró que en Bangkok, Manila, Singapur y Yakarta hubo una opinión favorable sobre Japón; mientras que en Seúl, Beijing y Shanghai persiste la desconfianza (Asahi Shimbun, agosto 13, 1995 citado en Heginbotham y Samuels, 1998). Lo anterior deja de manifiesto que la relación de Japón con sus vecinos cercanos es compleja y hace que temas como la agresión norcoreana acerquen a Japón a Estados Unidos.

Mientras la volátil situación de la península coreana reta la capacidad de negociación y diplomacia japonesa, el ascendente poder chino representa para Japón un reto en cuanto al liderazgo en la región.

Los esfuerzos chinos por consolidar su posición regional e internacional a partir del uso de símbolos nacionalistas y propaganda incluyen la percepción de Japón como una potencia inclinada a la hegemonía regional con el respaldo de los Estados Unidos (Heginbotham y Samuels, 1998). El desarrollo de las relaciones entre Japón y China desde el final de la Guerra Fría muestra continuidad y cambio, es volátil, es pragmática; lo cierto es que evidencia que su acercamiento a China y sus estrategias de negociación están permeadas por el papel central que Estados Unidos juega en la política japonesa (Kamiya, 2000: 237).

La compleja relación entre Japón y China se ha caracterizado por altos y bajos. El rápido ascenso chino ha incentivado una política exterior japonesa más asertiva con sus vecinos a fin de evitar confrontaciones. No obstante, mucho ha cambiado en el balance de las relaciones económicas y militares entre ambos países desde 2007. Aunque el comercio entre ambas naciones sigue incrementándose, las tensiones políticas empeoran, por ejemplo en relación con la disputa de las islas Senkaku, ambas naciones se han replegado a sus “esquinas diplomáticas” dando poco espacio para la negociación (Hemmings y Kuroki, 2013: 9).

Sin duda, los temas de Corea del Norte y China son centrales en la política exterior japonesa, así como en su política de seguridad.

Las acciones del primer ministro Abe hacen el ambiente más tenso; su discurso basado en valores como la democracia, el estado de derecho y los derechos humanos despiertan sospechas en Beijing de que Japón persigue una estrategia de contención, así las cosas, sin una relación constructiva y de confianza con China, Japón no podrá mejorar de manera sostenible la situación de seguridad en el este de Asia (Sakaki, 2015).

Con estos temas en mente, Japón, ha trabajado para fortalecer su presencia y lograr decisiones más autónomas. Desde la perspectiva del realismo estructural, Japón asegura su capacidad militar a través de la revisión del Artículo 9 constitucional. Ya el primer ministro Junichiro Koizumi afirmó alguna vez que: “veo las fuerzas de autodefensa del Japón esencialmente como fuerzas militares. No es natural que no nos permitamos admitirlo” (citado por Takao, 2007: 28 y 29). Así, Abe, en diciembre de 2013, lanzó el programa de seguridad nacional, que recupera las acciones de cooperación internacional en términos económicos, humanitarios, tecnológicos y contra el terrorismo, como una estrategia útil para apuntalar la seguridad japonesa (NSS, 2013).

En el marco de la Estrategia de Seguridad Nacional (NSS, por sus siglas en inglés) el gobierno japonés enfatiza el factor “China” como elemento para reconsiderar sus estrategias de seguridad y cooperación.

La publicación de la NSS significa el término de una controvertida etapa de reinterpretación de las estrategias de seguridad que guían a Japón y replantea el significado de su pacifismo. Implica también un cambio en sus principios de política exterior, particularmente en los temas que son más sensibles: la península coreana y su relación con China. La adopción de esta Estrategia deja establecidos los principios que guiarán a Japón en los próximos años tanto en política interna como externa. El ambiente que rodea actualmente a Japón está lleno de retos y ello implica respuestas más contundentes.

La nueva Iniciativa de Defensa de Japón promueve actividades vinculadas con el apoyo para la construcción de capacidades, del control de armas, desarme y no proliferación de armas, a fin de asegurar la paz (IDJ, 2014: 264 y 265). Aunque con una posición pacifista, la publicación de esta Iniciativa ha causado resquemor en los medios internacionales, ya que se considera que está diseñada en función de dos objetivos: *a)* cooperar con Estados Unidos de una manera más activa, y *b)* estar preparados ante una posible escalada regional de China (Romero y Uscanga, 2016: 65).

Sin duda, el escenario internacional ha cambiado. Dado el dinamismo geopolítico en Asia del Este y el arribo de China como una variable clave en el sistema internacional, fuerza a Japón a responder a una política de poder asimétrico en el que China cava su propia esfera de influencia eclipsando a Japón (Hughes, 2015). Estrategias chinas como la Iniciativa *Belt & Road* plantean un nuevo modelo de relaciones en Asia Pacífico al que Japón se debe ajustar. El tema central es si con la política exterior basada en la idea de pacifismo proactivo, del primer ministro Abe, podrá responder adecuadamente a los retos que impone el contexto actual con una política sustentada en una militarización que despierta el recelo y desconfianza de sus vecinos. Además ¿podrá esta estrategia ser sustentable? Hay un alto riesgo, el daño colateral puede ser mayor a los beneficios que le reditúe en su reposicionamiento internacional dando paso a un ejemplo del realismo resentido más que del realismo estructural (Hughes, 2015). Ese realismo que articula acciones de la política exterior japonesa en función de los retos que impone China, de la desconfianza que actualmente representan sus vínculos con Estados Unidos por el gobierno que lo representa y sus aspiraciones para recuperar el orgullo nacional.

Actualmente, la política exterior de Abe se define en función de tres pilares permeados por las cuestiones de seguridad: la capacidad japonesa para comprometerse en misiones de mantenimiento de la paz, la alianza con Estados Unidos y las estrategias de cooperación con otros países. Estas tres vertientes están en concordancia con las estrategias seguidas por sus

antecesores, sin embargo, Abe ha sido más enfático en su acciones especialmente en su compromiso con la cooperación y la forma de asumirla (Sakaki, 2015). Solo que estos compromisos están fuertemente atados a la capacidad de recuperación económica que logre superar el estancamiento económico y financiero de Japón en el marco de retos de política interna complejos, como el desempleo, las implicaciones de una población envejecida y la pobreza relativa.

V. CONCLUSIONES

La política exterior japonesa ha sido analizada desde diversas perspectivas, no obstante, es evidente que ésta se sustenta en dos factores que la condicionan: los efectos de la Segunda Guerra Mundial y el paraguas de seguridad que se tejió alrededor de ella haciendo de sus relaciones con Estados Unidos un vínculo complejo y riesgoso y, sus propias características limitadas en el sentido militar y natural.

Así, Japón inició con un política exterior reactiva, respondiendo a circunstancias particulares en la medida de sus posibilidades y sin dejar nunca de atender los temas de seguridad. En este sentido, la seguridad fue, en un principio de tintes económicos, pero hoy deja ver el renacimiento de una estrategia militar que se fortalece, al menos institucional y normativamente.

Desde la perspectiva económica, el periodo de recuperación y reconstrucción implicó dejar en manos estadounidenses el tema de la seguridad, sobre todo considerando el contexto de la Guerra Fría, mientras que los recursos propios se enfocaban a fortalecer las actividades económicas. La recuperación fue rápida, en 1954, a partir del Plan Colombo, Japón iniciaría con una las actividades que han sido fundamentales en sus estrategias de política exterior: la cooperación internacional para el desarrollo.

Hoy en día, los temas de la agenda en materia de política exterior están vinculados con su contexto regional. El rápido ascenso de China como potencia regional, y la tensión con la península coreana marcan los acciones japonesas. A fin de responder a estos retos, el primer ministro, Shinzo Abe, ha planteado la necesidad de finalmente reinterpretar el artículo 9 constitucional y con ello brindar a Japón una mayor libertad para emprender acciones militares que favorezcan su posición y contribuyan al logro de la estabilidad. Sin embargo, la creación de una agenda específica en materia de seguridad y la renovación de su Carta de Cooperación Económica que le permite atender asuntos con tintes militares han levantado sospechas en sus vecinos.

El reto está en la capacidad que Japón tenga para recuperar su economía, salir de la etapa de estancamiento y mantener una política de seguridad en el largo plazo que lo haga menos dependiente de Estados Unidos, situación que se mira desde ahora muy compleja y riesgosa. Hasta ahora Abe ha sido lo suficientemente hábil para mantener fuera del debate interno los temas de seguridad y política exterior, desviando la atención al reposicionamiento internacional japonés con un discurso que recupera el sentimiento de orgullo nacional y el trabajo por la calidad de vida de los japoneses.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- Drifte, Reinhard (1998), Japan's Foreign Policy for the 21st Century. From Economic Superpower to what Power?, Estados Unidos: St Martin's Press.
- Hemmings, John y Kuroki, Maiko (2013), Shinzo Abe Foreign Policy 2.0 en Harvard Asia Quarterly 15: 1, disponible en: https://www.researchgate.net/publication/262600812_Shinzo_Abe_Foreign_Policy_20.
- Hook, Glenn D. et al. (2001), Japan's International Relations. Politics Economics and Security, Londres y Nueva York: Routledge Series.
- Hughes, Christopher W. (2015), Japan's Foreign and Security Policy Under the "Abe Doctrine": New Dynamism or New Dead End?, Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- IDJ (2014), Iniciativa de Defensa de Japón "Active Promotion of Security Cooperation", cap. iii, Ministerio de Defensa de Japón, disponible en: http://www.mod.go.jp/e/publ/w_paper/pdf/2014/DOJ2014_3-3-1_web_1031. Consultado: 15 de septiembre de 2015.
- Inoguchi, Takashi y Jain Purnendra (ed.), Japanese Foreign Policy Today, Nueva York: Palgrave.
- Kamiya, Matake (2000), Japanese Foreign Policy toward Northeast Asia, en Inoguchi, Takashi y Jain Purnendra (ed.), Japanese Foreign Policy Today, Nueva York: Palgrave.
- Kawashima, Yutaka (2003), Japanese Foreign Policy at the Crossroads. Challenges and Options for the Twenty-First Century, Washington D. C.: Brookings Institution Press.
- MAE (2017), Comment by Prime Minister Shinzo Abe on the Adoption of a Resolution by the United Nations Security Council concerning North Korea's Ballistic Missile Launch and Other Activities, Ministerio de Asuntos Exteriores, Japón, diciembre 23, disponible en: http://www.mofa.go.jp/fp/unp/page11e_000016.html.

- NSS (2013), Japan National Security Strategy (traducción provisional), Tokio, Cabinet Secretariat, disponible en: <http://www.cas.go.jp/jp/siryou/131217anzenhoshou/nss-e.pdf>. Consultado: 18 de mayo de 2015.
- Oros, Andrew L. (2015), International and Domestic Challenges to Japan's Postwar Security Identity: "norm constructivism" and Japan's new "proactive pacifism", en *The Pacific Review*, 28: 1, disponible en: <http://dx.doi.org/10.1080/09512748.2014.970057>.
- Penn, Michael (2017), Japan's Empty Menu of Options to Stop North Korea, en *Foreign Policy*, agosto 29, disponible en: <http://foreignpolicy.com/2017/08/29/japans-empty-menu-of-options-to-stop-north-korea/>.
- Romero, María Elena y Uscanga, Carlos (2016), Japón: ¿Asegurando la cooperación o cooperando para su seguridad?, en *Revista México y la Cuenca del Pacífico*, México, UdG, mayo-agosto.
- Sakaki, Alexandra (2015), Japan's Security Policy: A Shift in Direction under Abe?, en SWP Research Paper Stiftung Wissenschaft und Politik German Institute for International and Security Affairs, disponible en: https://www.swp-berlin.org/fileadmin/contents/products/research_papers/2015_RP02_skk.pdf.
- Samuels Mercantile Realism and Japanese Foreign Policy Author(s): Eric Heginbotham and Richard J. Samuels Source: *International Security*, vol. 22, núm. 4 (spring, 1998), Published by: The MIT Press Stable, disponible en: <http://www.jstor.org/stable/2539243>.
- Takagi, Shinji (1995), From Recipient to Donor: Japan's Official Aid Flows. 1945 to 1990 and Beyond, en *Essays in International Finance*, núm. 96, disponible en: https://www.princeton.edu/~ies/IES_Essays/E196.pdf.
- Takao, Y. (2007), Reventing Japan from Merchant Nation to Civic Nation, cap. 1, Estados Unidos, Palgrave-MacMillan.
- Waltz, Kenneth N. (1979), Theory of International Relations, Nueva York: Random House.